

El Día de América en Asturias

(Una fiesta sentimental)

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

Desde aquí, estoy seguro que no se comprende bien lo que voy a contaros. Varía mucho la manera de sentir si se vive en el ahogo del asfalto, en un mundo de hormigón y de paisajes urbanos, mundo automático un poco rutinario, un mucho olvidadizo y superficial. Ya sé yo que en las ciudades también se sueña y se mira a las estrellas. Es verdad. También tiene sus encantos la ciudad, y sus corazones rebeldes, adolescentes; y sus historias de mil matices sentimentales. Pero salgamos al campo y todo ganará. El clima lo transforma todo, y el mismo sér es distinto en distinta geografía.

Pero, por si lo comprendéis desde aquí, desde el asfalto, aislados del paisaje, voy a contaros una historia casi tan vieja como el mundo, pero un poco más humana que las que suelen acontecer en parte alguna.

El lugar, Asturias. Bajo el cielo gris y tristón, las parcelas de terreno jugoso, bien labrado, fértil y amable. La vida del campesino es ruda y grata al mismo tiempo. Madruga, trabaja, vive para cuidar y vigilar sus campos de labor. Los frutos son abundantes. Los problemas no le ahogan, aunque aprieten demasiado. Es feliz. Mira a su alrededor y todas las fincas que acierta a ver dan cosechas importantes que él recoge íntegras para su granero.

Pero sucede que el campesino es muchas veces propietario de unas modestas parcelas y la familia crece, y es obligado tomar una decisión terminante, porque no hay porvenir ni aun sustento para todos los hijos que le nacen al campesino.

Entonces se plantea una vieja cuestión. Esto, con la mayor naturalidad, se hizo siempre del mismo modo. Dios sabe desde cuándo.

Y es así. El chico tiene catorce años y apenas sabe poner su nombre con las letras enlazadas, una detrás de otra. Hasta entonces cuidó el ganado y le dejaron vivir un poco en el Limbo. Pero, de improviso, se le da a escoger entre el Seminario o las Américas.

Si el chico no siente entusiasmo en aquel momento por el latín y por los estudios eclesiásticos, entonces, irremisiblemente, ni una palabra más: se le prepara la emigración.

En este caso sucede lo de siempre también. Sucede que le hacen un hatillo con los bártulos y le ponen en el camino vecinal. Y el chico toma un barco en el Musel y, sin demasiadas aprensiones, hace su travesía trabajando a bordo, haciendo lo que le manden y dándose con un canto en el pecho.

En La Habana pulula por el puerto, trabaja donde puede, come cuando se lo dan y duerme en los parques. Aprende allí el valor trascendental del dinero y se propone ahorrar cuanto le sea posible. Si tiene suerte, entra en un ingenio de aprendiz y corta tasajo, duerme en el suelo, y es el último que se duerme y el primero que se levanta. Así, un año, dos, veinte, treinta o cuarenta; es igual. Son años suficientes para haberse hecho trizas el estómago y para ahorrar algunos dineros, porque en los años de la emigración no saltó ni un solo día el mostrador del ingenio para ir en busca de una diversión, aunque fuese modesta.

Al cabo de esos cuarenta años, o quizá de más, se da cuenta de que tiene una familia cerca del mar Cantábrico, entre robles y castaños, en una aldea de pequeñas casas rojas y grises, partida por un río salmonero que baja cantando romanzas antiguas.

El emigrante se siente fatalmente

mal. Sueña; tiene nostalgia. Quiere volver a su tierra natal, y vuelve. Hay toda una vida por el medio, llena de sacrificio y de tenacidad. Toda una hermosa juventud por la que le pagaron unas monedas que no valen para arreglarle su estómago ni sus achaques prematuros.

Y en la aldea natal, al regreso, hay un ansia febril de vivir otra vez una niñez repetida, una misma situación, que ha quedado muy lejos.

El caso del emigrante se multiplica. Son cientos de capítulos que empiezan hasta con la misma letra.

Asturias quiso rendir homenaje al emigrante, y en el año 1950, inesperadamente para el público asturiano, organizó una cabalgata en la que participaron doce carrozas alusivas a la región asturiana y a los países americanos. Desfilaron "haigas" engalanados, bandas de música y grupos de coros y danzas regionales. Total: un éxito. Miles y miles de personas presenciaron la cabalgata. Fué una fiesta del entusiasmo, y de América se recibieron cartas emocionadas.

El segundo año tenía que ser superior. Se aumentaron los elementos de la fiesta, y el éxito fué todavía mayor. Más de ochenta mil personas llegadas desde todos los puntos de la provincia. Y el tercero, cien mil, y más automóviles, y más carrozas, y más coros y danzas, y más entusiasmo.

Este año, el Día de América en Asturias se celebrará hoy, día 23. Se cuenta ya de antemano con más de doscientas mil personas. Se calculan los gastos, en general, alrededor de medio millón de pesetas. Será una fiesta incomparable, porque el asturiano hace las cosas muy por lo alto, y no es corriente que vaya a las empresas con otros criterios. En el programa figura la intervención de cuatrocientas llaniscas ataviadas con el traje regional. Asistirá el embajador de Cuba, señor Iraioz. Doce bandas de música, auto móviles de emigrantes, engalanados diecinueve carrozas, gaiteros y tamborileros. En fin: el apoteosis.

Y, además, una novedad en la fiesta se nombrarán las reinas de Puerto Rico, Argentina, Cuba, Méjico, América y Asturias. Cada reina nombrada por la Comisión presidirá la carroza de su país. El Ayuntamiento las invitará después a su teatro Campoamor, para que asistan a una función de ópera y al baile de gala.

Por si fuese poco, al final de la cabalgata, en la plaza de la Catedral, intervendrán todos los conjuntos folklóricos que participaron en el desfile, para cerrar ya la fiesta con la Orquesta Sinfónica Provincial de Asturias, dirigida por el maestro Angel Muñiz Tejada, que dará a conocer composiciones inéditas hispanoamericanas.

Una fiesta sentimental para todos los asturianos más o menos relacionados con América. Una fiesta sentimental sobre todo para el emigrante, que, en momentos, creará soñar lo que ve, como muchas noches soñó algo semejante en Matanzas, durmiendo sobre la tabla dura del mostrador, mientras pedecía una mala digestión y una secreta y callada nostalgia de su pueblo natal.

El Día de América en Asturias es una fiesta humana, memorable y fabulosa, que el cronista no puede ya en este año, y lo siente.

23.IX.1954